

LOS SIETE PILARES DE LA MEMORIA

Terenci Moix

NO podrá decirse que las nuevas libertades no nos recuerdan, constantemente, antiguas prisiones. Parece inevitable representárnoslas, con la agobiante precisión de entonces, cuando ciertos títulos asoman a las librerías, poniéndonos al tanto, dicho sea de paso, del escandaloso retraso de nuestras lecturas. Y es que ciertos milagros no nos fueron concedidos: el primero de ellos, el de la inteligencia programada desde lo alto. Seguramente habría sido pedirle peras al franquismo.

Las admirables páginas de D. H. Lawrence nos fueron, más que vetadas, cambiadas: al ensañarse con los ardores de la pobre Connie Chatterley, la intransigencia franquista supo transformar en pornografía lo que era —como siempre en Lawrence— un admirable estudio del alma humana. En esta prohibición no había nada nuevo, por supuesto, porque ya bastantes años antes, en Inglaterra, la moral victoriana, realizó una maniobra del mismo signo; pero la diferencia, como en tantos otros casos, reside en que durante nuestros años cuarenta y cincuenta, el franquismo la seguía atacando lo que en tierras civilizadas era ya un consumo «permitido» para adultos. Y si caigo en el aparente puritanismo de esta precisión —«adultos»— es porque, evidentemente, si la peripécia erótica de Connie Chatterley no es pornografía, tampoco puede decirse que sea un texto de Louise May Alcott o Enid Blyton. Y es al mismo tiempo un elogio, porque mi sentido de lo adulto marca, precisamente, la distancia que separa a D. H. Lawrence de la estupidez de su tiempo y del nuestro.

LA señora Chatterley y sus espléndidas libaciones en los altares de Eros, constituyeron bestia negra de la censura franquista, pero no hay que exagerar por ello su tono, ni pensar que fue la única. La Editorial Aymà, que hoy incorpora el aparente escándalo de ayer a la prestigiosa colección A Tot Vent, propone —también por primera vez en catalán— otro título «impensable» hace cinco años: La Marge, de Pierry de Mandiargues, donde cosa erótica viene combinada con alusiones nada santificadas.

Destino 3 al 9/5/78

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

prohibidísimos. D. H. Lawrence triunfaba al lado mismo del Kama-Sutra, cuando no de María y sus Machos y otros especímenes de la pornografía de Perpiñà.

DIRE que este proceso de pornografización de las obras maestras —es decir, no sólo de Lawrence— no llegó a pescarme personalmente, casi por milagro, gracias a providenciales estancias en el extranjero, cuando era necesario —y lo fue mucho— encontrar fuera de esta cárcel nuestra el oxígeno cultural imprescindible. ¿A qué detenerse en dilucidar el grado de pecaminosidad de Lady Chatterley, cuando me era dado entrar a saco en todo Lawrence, en su propio idioma, y desde el interior de su propia cultura? Corría el año 1964 y Londres me ofrecía —como antes París— la oportunidad de considerar el pecado literario como una carga específicamente hispánica. E incluso fui libre para preferir, pongamos por caso, Sons and Lovers y los libros de viajes. Es decir, que si en Barcelona, para hablar de Lady Chatterley era necesario empezar por una estúpida defensa no de sus valores intrínsecos, sino de éstos al margen de una pretendida carga porno, en Inglaterra, y en mi educación inglesa de aquel tiempo, esta cuestión hubiese sonado a ridículo. Simplemente.

¿Exagero, limpiando a la moral inglesa de toda culpa en el caso D. H. Lawrence? Es muy probable que me ciña exclusivamente a círculos emancipados y que, en realidad, alguna viejecita de Sussex siguiese con sus prejuicios ante los futris de Lady Constance. No están tan lejos, después de todo, las declaraciones que, sobre Lawrence, formula Edith Stiwell, no recuerdo bien si en su autobiografía o en su delicioso rapport sobre los excéntricos ingleses.

De todos modos, Lady Chatterley llegó a la Fiesta del Libro, rosas incluidas, vertida pulcramente al catalán y, supongo, sin ganas de epater ni voluntad de escándalo. Alguna ventaja deberían tener ciertas tardanzas. La de hoy, que un público más o menos normalizado —esperémoslo— se enfrente a un gran escritor con toda libertad; y que las editoriales se animen a dar a conocer sus otras obras. ■

Laseñora Chatterley en catalán

ras a la persona de Franco. Se hizo, de esta novela, un filme perfectamente estúpido, donde enseñó la mitad de sus vergüenzas el Ganimedes de Andy Warhol, Joe d'Alessandro, y aquella señorita tan tonta de Emmanuele (pasada la anécdota de esta minucia de película, se me fue el nombre de la moza). En tal desaguisado, el texto de Mandiargues no pasaba siquiera en el Barrio Chino barcelonés; y lo envolvieron con tanto celofán que fue irreconocible.

Volviendo a Connie Chatterley, más mítica y duradera que todo el tinglado que acabo de citar, recordaremos que fue la menos perdonada de las adulteras famosas que fuesen, durante dos décadas, bestias negras de la censura franquista. Dos francesas, Madame de Renal y Emma Bovary, no fueron absueltas hasta 1962, y de su absolución —y del regocijo que provocase en algunos editores avisados— fui yo testigo privilegiado, por encontrarme sirviendo en una editorial, en la época de marras. Las dos novelas, inmortales novelas, sobre cuyas páginas ejercen su imperio aquellas dos damas, fueron absueltas junto al Decameron boccacciano y el Satírico de Petronio. Se las rescató de aquella estúpida, abominable inquisición mental que fue llamada

el Indice, y que iba a condicionar —¡cómo no!— a los censores de la época. Si se añade a estos títulos toda una Cartuja de Parma, se entenderá que la amnistía fuese celebrada por algunas inteligencias... y por los editores, que presentaron las obras de Flaubert o Stendhal con un fajón donde podía leerse «la novela más escandalosa de todos los tiempos». O algo por el estilo.

CONNIE Chatterley no tuvo esta suerte, lo cual tampoco extrañará en demasía, si se piensa que, en pleno 1965, fue retirada de la circulación (es decir, un secuestro) cierta edición de Tom Jones no por su contenido, que se publicó completo en otra editorial, sino por la frase que ostentaba en la portada: «Se paseó por mil alcobas».

¿Parece que hablamos de la prehistoria? Más bien de un interregno de la barbarie. Fue el mejor sistema para convertir a D. H. Lawrence en material de masturbación, si se me permite el término. Y de hecho, lo fue; arrinconado, él, en las estanterías de ciertas librerías cuyas trastiendas estaban especializadas en la venta de libros